

Este texto presenta un estudio personalista utilizando explícitamente la versión “dura” que propuse en J. M. Burgos, *Introducción al personalismo* (Palabra, Madrid 2013) pues, como es sabido, existen diversas formas de interpretarlo. Algunos lo entienden como una especie de filosofía universal que abarcaría a todo aquel que, de un modo u otro, hubiera sentido conciencia de la dignidad humana. Pero tal posición aboca al personalismo a una debilidad filosófica estructural y, hasta cierto punto, a su inexistencia. No es posible unificar, como intenta, por ejemplo, Thomas Buford, posiciones que van desde sectores del pensamiento hindú a los personalistas clásicos, pasando por reflexiones de los indios americanos. Todos ellos pueden haber percibido la dignidad de la persona de un modo o de otro. Pero ¿puede surgir de ese abanico de posiciones tan variadas algo similar a lo que entendemos por filosofía? No parece que ese sea el caso. Otros lo identifican principalmente con la filosofía de Mounier. Pero, aunque no cabe duda de su papel esencial en la construcción del personalismo, algunos pensamos que su planteamiento teórico es mejorable y puede que no esté en condiciones de superar la “batalla del concepto” tal y como sentenció Ricoeur.

Existe, sin embargo, una tercera posibilidad, que es la que yo proponía en este libro: entender al personalismo como el conjunto de filósofos del siglo XX que, además de centrar su antropología en la noción de persona, la desarrollan en torno a un conjunto de temas comunes: interpersonalidad, primacía del amor, centralidad de la afectividad y de la subjetividad, corporalidad, libertad como autodeterminación, yo personal, autoposición, etc. Si se asume este planteamiento, como hace el prof. Zientkowski, es posible crear un sistema de pensamiento, abierto, pero coordinado y sistemático, es decir, una corriente o tradición filosófica en los términos de MacIntyre. En este marco se sitúa la obra que estamos reseñando, que analiza la visión del amor marital de cuatro pensadores personalistas bien elegidos, Tyschner, Ebner, Von Hildebrand y Wojtyła.

Apunto algunas ideas presentes en la obra. Tyschner, el filósofo de la solidaridad, compara el matrimonio con el Gólgota cuando escribe: “El matrimonio es la montaña del Calvario”. Pero esta expresión, que podría parecer extrema, descubre unas de sus raíces más profundas ya que, como el autor señala, “no solo apunta a las dificultades y la carga de la vida en común de los cónyuges (lo cual es, por supuesto, un hecho), sino sobre todo al Amor que se reveló en la cruz”. Von Hildebrand, por su parte, indica que la esencia del amor va mucho más allá de la sensualidad. “Por el contrario, escribe, el amor conyugal, independientemente de la sensualidad, representa un tipo de amor completamente específico. La esencia del amor conyugal es, ante todo, la entrega mutua completamente única de los cónyuges”.

Ebner pasó oculto en vida y, también lo hace, en cierta medida, en la actualidad. Pero su pensamiento sentencioso desborda sabiduría, que se concreta, en relación al amor marital, en una compleja mezcla de realismo sexual y valoración de la dimensión espiritual. La sexualidad en el matrimonio es esencial, y funciona de modo diferente en el hombre y en la mujer. Sin ella, el matrimonio se disuelve y no puede ser obviada. Pero, al mismo tiempo, solo puede alcanzar su valor pleno integrándose en la espiritualidad, aunque esta sea una tarea difícil. Además, el autor considera que en Ebner se pueden encontrar los fundamentos de la teoría de los tres altares que hoy en día “goza de gran popularidad. Estos altares son: el altar eucarístico, la mesa en la que la familia come y el lecho nupcial”.

Por último, la potencia de la reflexión de Karol Wojtyła sobre el amor es muy conocida, comenzando por su libro *Amor y Responsabilidad*, en la que describe su primera versión de la norma personalista y funda, asimismo, una ética sexual interpersonal, que constituye el camino para entender el matrimonio como donación. Pero la reflexión de Wojtyła sobre el amor se encuentra también en su poesía y en su teatro. Por lo que nos permitimos concluir esta breve reseña con este hermosísimo texto de “El taller del orfebre”: “El amor es un continuo desafío que nos lanza Dios, /y lo hace, tal vez, para que nosotros desafiemos / también el destino”.

Juan Manuel Burgos